

xrite

colorchecker CLASSIC

A-1342(5)

BIBLIOTECA DE EL SALDUDENSE.

HISTORIA ESTRAVAGANTE

DE UN

NARIGON

DE SUS AVENTURAS-

DE

PERFIL Y DE FRENTE,

DE ARRIBA Y ABAJO.

ZARAGOZA.

IMPRESA Y LIBRERIA DE VICENTE ANDRES
calle de la Cuchilleria, núm. 42.

1860.

mm

M.C.D. 2022



M.C.D. 2022

BENITO JOSE TORRES

ADRIAN

SALUDUBENSIS

NOVELLAS

A

1.342

M.C.D. 2022



Agustin Paraiso.

A-1.342

T 21942

C 1146344

Arca 954



M.C.D. 2022

A-1342(5)

BIBLIOTECA DE EL SALDUDENSE.

HISTORIA ESTRAVAGANTE

DE UN

NARIGON

Y

DE SUS AVENTURAS-

DE

PERFIL Y DE FRENTE,

DE ARRIBA Y ABAJO.

ZARAGOZA.

IMPRESA Y LIBRERIA DE VICENTE ANDRES
calle de la Cuchilleria, núm. 42.

1860.

A MI QUERIDO AMIGO
D. GERÓNIMO BORAO.

J. M.

CAPITULO PRIMERO.

Que no tiene mas objeto que enternecer al lector, y darle á conocer la habitacion del héroe de nuestra historia.

COMENCEMOS por el principio. Habia una vez en cierta ciudad de Europa (las señas no pueden estar mas claras) una pobre nariz. Entendámonos. Al llamarla pobre no crean ustedes que quiero decir de escasas facultades; antes por el contrario era magnífica y de respetables dimensiones. Demasiado respetables tal vez, pues fueron causa de que descargára sobre su propietario una nube de desgracias. Por eso la he llamado pobre.

Vivia pues esta nariz en lindo rostro fresco y sonrosado y no mal poblado de barba. Tenia por vecinos dos hermosos ojos negros aterciopelados: cubrÍala una frente alta y despejada, y besaba sus pies una boca fresca, voluptuosa y llena de malicia. Unas mejillas carnudas y de constante buen color cerraban el cuadro. ¿Verdad, lectores míos, que no era mala vecindad?

Esta coleccion de gracias pertenecia en pleno dominio á un jóven de veinticinco años, que respondia al nombre de Ovidio Nason.

CAPITULO SEGUNDO.

Con qué motivo perdió Manolito Chatizo su nombre para reemplazarlo por el de Ovidio Nason.

HABITABAN un lugarejo á orillas del mar dos honradas personas, marido y muger, no muy abundantes en bienes de fortuna, pero felices y contentos con lo que Dios les habia dado, y sobre todo dichosos en tener por hijo á la criatura mas linda que se veia en muchas leguas á la redonda, es decir, tierra adentro.

Esta preciosa criatura se llamaba Manolito, porque habia nacido el dia primero de año, y llevaba por apellido, cosa muy natural, el de su padre que tenia pámense ustedes! el mismo que su abuelo, y todos sus ascendientes en línea recta, de varon en varon, á contar del primero que lo tomó. El cual apellido era Chatizo, significativo recuerdo de un cimitarrazo que un descomunal agareno sacudió en la nariz del fundador de la familia, cortándosela cercén á cercén, cuyo mandoble, como es claro, chato le hizo. Y lo mas particular fué que todos los descendientes de este ilustre varon, cual si tuvieran á honra perpetuar en la familia el emblema del combate, engendraron hijos de tan cortas

narices que el apellido Chatizo mas bien parecia un apodo.

Pero la naturaleza tiene derechos imprescriptibles que cobra tarde ó temprano; y asi llegó un dia en que las partes que faltaban á la nariz de cada uno de los Chatizos se agruparon en una que fué adjudicada *nemine discrepante* á Manolito. ¡Pobre criatura! Grande nació tu nariz, y cada día fué creciendo hasta que llegó al parecer á su completo desarrollo, midiendo ocho decímetros.

Era el niño Manolito bullicioso y travieso como todos los niños á su edad, pero tan torpe que no podia dar una carerita sin tropezar y caer, y no sabia caer sino de frente, ó por mejor decir de nariz. Con los golpes que en ella recibía se le iba hinchando un poquito cada vez, y como antes de curarse un golpe ya habia recibido otro, antes de la pubertad se le alargó un buen centímetro. ¡Y van nueve!

Llegó el dia de ir á la escuela, en donde desde su presentacion fué objeto de las zumbas que le lanzaban los diablillos de los chicos. Quién le llamaba el elefantito, otros le apellidaban Serafin Paviás, otros trompa de caza, agotando su imaginacion las traviesas criaturas en buscar semejantes á la descomunal protuberancia. El pobre Manolito lloraba y se desesperaba; quejábese al señor maestro, el cual, al corregir á los burloncillos, tenia que contenerse para mantenerse sério; volvía llorando á casa, en donde afligia á su padre y sobre todo á su madre al referirle sus cuitas: pero no habia remedio para un mal tan sobresaliente.

Quiso por fin su buena suerte que uno de los mas adelantados en el latin, de esos que se imaginan que saben traducir los poetas, tuvo la pedante ocurrencia de bautizarle con el apodo de Ovidio Nason: y como Manolito no comprendia lo que aquello significaba no se quejó al maestro; y

como no se le quejó, el dómine no lo corrigió; y como los chicos querian á toda costa ponerle mote se quedó convertido en tocayo del desterrado al Ponto.

Asi fué como Manolito Chatizo perdió su nombre y apellido *per omnia sæcula sæculorum.*

CAPITULO TERCERO.

Aventuras y desventuras de Nason.

AHORA que ya sabe el lector quién era el señor Ovidio Nason, sostén y portador de nuestro héroe, estoy en el caso de comenzar las aventuras de Narigon, único en quien pienso ocuparme, y si alguna vez se me escapa el hablar de Nason, entiéndase que por hallarse tan completamente identificado con su nariz que no habia medio de separar estas dos entidades, tienen por necesidad que correr parejas sus sucesos.

Un día estaba Nason jugando con otros muchachos á la pelota, y hallándose de perfil en el momento en que la volvia uno de ellos que detrás se encontraba, tropezó la pelota en el camino con aquel obstáculo, y como venia despedida de sobaquillo por un brazo asáz robusto, le causó un vivo dolor, le rompió algunos vasos sanguíneos y aunque destiló sangre en abundancia, no salió por lo visto toda la que debía, y desde aquel día tomó *ad perpetuam rei memoriam* un hermoso color de berengena.

Llevaron al muchacho á su casa en mal estado, y sus padres tuvieron el sentimiento que era natural: mas por fin se consolaron, no pudiendo hacer otra cosa mejor, sobre todo cuando al medirla observaron con satisfaccion que no se habia alargado de resultas del golpe.

ADVERTENCIA

ADVERTENCIA

ADVERTENCIA

ADVERTENCIA

CAPITULO CUARTO.

Ventajas que ofrece tener buena voz.

BASE espigando el señorito Nason, y cuando llegó á la edad competente, un tio beneficiado que tenia, observando que sacaba una voz de ángel, se empeñó con sus padres en que lo habian de poner infante, y el chico fué infante. Los otros muchachos que con este mismo título cantaban en la iglesia lo recibieron muy mal, le silbaron y le martirizaron solo de verle: pero aun fué peor cuando comenzo á cantar, y observaron que les llevaba muchas ventajas en dulzura de voz y en afinacion. La condicion del mérito es engendrar envidiosos. Resolvieron pues vengarse los infantes, y con este piadoso objeto hicieron como que se reconciliaban con él, dándole á entender que las pesadas burlas anteriores habian sido una broma. Creyólo el pobre Nason, y abrió los brazos á sus compañeros. Pero los malditos para estropearle la garganta le daban de comer nísperos y nueces, le hacian echar algunos traguillos de vino y aun de aguardiente, y le hacian pasar al sereno algunas noches valiéndose para ello de mil ingeniosos pretestos: mas á pesar de todo, la gargan-

ta de Nason seguía gorgendo como la de un ruiseñor. Convencidos por fin de que sus malas mañas no producían el efecto apetecido, decidieron echar mano del último recurso que fué nombrarle por unanimidad campanero, cargo incompatible con el de infante, para el cual nombraban los niños que componían la capilla.

Héte aquí, caro lector, á nuestro amigo Nason elevado en escaleras aunque rebajado en funciones, tirando una y otra cuerda para repicar y voltear las campanas.

Un día, y de Pascua por mas señas, comenzaron las campanas su alegre clamoreo á la hora acostumbrada: mas no bien se habían pasado unos cuantos minutos, cuando se oyó.... que no se oía nada. Asombróse la gente devota; amoscóse toda la servidumbre de la iglesia, y sobre todo el sacristan que subió furioso la escalera de caracol, con intención de calentar las orejas al pobre campanero. Pero no llevó á cabo su acalorado proyecto, porque encontró al pobrecillo tendido por tierra, sin sentido y bañado en sangre. Dió voces el sacristan; subieron dos escolares y cuatro monagos, y cantando un burlon *gori-gori* le bajaron del campanario y le llevaron á su casa. Allí lo hicieron volver en sí á fuerza de friegas, sahumeros y qué se yó cuántas cosas mas; y entonces pudo contar cómo había acontecido la desgracia. Segun parece la campana Maria tenía podrida la cuerda y no podía bandearse mas que á brazo. Intentólo hacer así el pobre Ovidio, y lo consiguió porque la campana era de las mas ligeras; mas á las pocas vueltas había adquirido tal velocidad que no siempre alcanzaba la mano á empujarla, y habiéndosele escapado una vez inclinósele el cuerpo hácia adelante y.... ¿qué había de suceder? la campana que volaba le arrimó un papirotazo tal á la nariz, que le dejó por tierra desmayado.

A todo esto ya habia llegado el cirujano á quien habian enviado á buscar. Era éste viejo y de manos temblonas: examinó la herida y declaró que no era mortal, aunque aseguró al mismo tiempo que sin mucho trabajo no podria enderezarse. Se me olvidaba decir que el campanazo habia torcido considerablemente el apéndice en cuestion. Nason al oír al viejo histuri protestó que no admitia curación á medias, y que si no le quedaba recta como antes no se ponía en sus manos. Forzoso le fué al cirujano, por no perder un parroquiano que tanto le habia dado y que tanto esperaba le daria á ganar, resolverse á intentar la operacion que á fuerza de instrumentos y tirones, no sin acerbos dolores de nuestro héroe, llegó por fin á realizar. Quedó enderezada la nariz: mas como no se pescan truchas á bragas enjutas no se consiguió este triunfo sin su natural compensacion. La nariz creció otro centímetro. ¡Y van diez!

CAPITULO QUINTO.

Como de un infante puede salir un buen mozo.

Ex el tiempo que se empleó en su curacion, nuestro amigo Ovidio reflexionó profundamente acerca de las desgracias que hasta entonces le habian sucedido, y conociendo que las debia principalmente á la poca educacion de las personas con quienes hasta allí habia vivido, discurrió que lo mas acertado seria tratar con otra clase de gentes mas finas ó menos groseras. El consabido tio beneficiado, que sabia donde le apretaba el zapato, y tenia (así lo decian en el lugar) mucha letra menuda, le aconsejó que estudiase mucho, le fué formando en modales de persona decente y cuando llegó el dia que juzgó apropósito se lanzó al mundo.

Como era entonces todo lo que se llama un buen mozo, de educacion esmerada, vasta y bien cultivada inteligencia; las colocaciones le salian al encuentro, y todos se lo disputaban; hasta que como tonto se decidió por entrar en casa de un banquero, acordándose de que entre otros consejos su tio le habia dado el de «arrímate á los buenos etc.»

Solicito en el cumplimiento de su deber; ágil en sus cálculos, probó hasta el extremo y dotado de ojo de negociante

te, muy pronto se vió tratado por el jefe de la casa mas bien como hijo que como dependiente: consideracion que le abrió de par en par las puertas de toda la alta sociedad que rinde culto al Dios Millon.

¡Qué feliz era Ovidio! Nadie reparaba en su trompa, ó por lo menos nadie lo daba á entender.

Acudia nuestro Adónis á la casa de una señora ya entrada en años, de esas que habiendo pasado su juventud en el torbellino de los placeres, no saben, ni pueden, ni quieren renunciar á esa vida de agitacion, y que se constituyen en fadoras de intrigas amorosas, cuando no pueden ser en el amor persona agente. Llamábase esta señora D.^a Iba Proceso, nombre que le cuadraba á las mil maravillas, porque una de las pasiones que en ella dominaban era la de pleitear con todo el género humano, con sus parientes por derechos de sucesion, con sus arrendadores por sus contratos, y hasta con sus vecinos por servidumbres y medianerías.

En la tertulia de esta dama conoció Ovidio á una señorita muy linda, muy jóven, muy cándida, é hija única de D. Mateo Judas Eldorado, comerciante de reputacion dudosa pero de abundantes y positivas talegas.

Desde que vió á la niña se enamoró de ella. Sacóla á bailar y su amor subió de punto. Oyóla hablar y enloqueció. Asi por lo menos se lo decia en un billetito perfumado que le deslizó en la mano la segunda noche, cuando volvía á acompañarla y dejarla en su puesto despues de bailar con ella una de las mas íntimas polkas.

Turbóse la niña al sentir el contacto de aquel cuerpo extraño. Encendiéronse sus mejillas aun mas de lo que venian con la agitacion del baile y la intimidad de la polka. No supo la pobrecilla si ofenderse ó devolverlo, ó disimular y guardarlo. Decidióse por fin á meterlo entre el guante y la

palma de la mano, con ánimo de pensar con mas sosiego lo que le convendria hacer.

¿Qué me dirá? estuvo pensando desde aquel momento. ¿Si será tan galante por escrito como amable ha sido estas dos noches en su conversacion? Era preciso satisfacer esta naturalísima curiosidad; y así, no bien llegó á su casa y quedó sola en su gabinete, cuando abrió el billete y lo devoró con los ojos. ¡Perdónala, lector amigo, si le causó honda impresion! Era el primero que recibia en su vida, y Ovidio en su amoroso entusiasmo la comparaba con Vénus por sus encantos, con Terpsícore por su ligereza, la llamaba hermana de las Gracias, y concluía suplicando que le autorizase á pedir su mano al papá.

Mala noche pasó Angelita, así se llamaba la inocente, si es que puede llamarse mala la noche en que no duerme una doncella absorta en las ideas que hace nacer en ella la primera declaracion de amor. En términos que, al llegar la hora del desayuno, su padre, advirtiendo el cansancio y las ojeras de su rostro, siempre tan fresco, le preguntó inquieto si sentia algun pesar ó estaba enferma. Por única contestacion rompió la chica á llorar y entregó á su papá el perfumado billete.

Al ver á su hija en tal estado, y cuando pudo conocer la causa, preguntóle D. Judas si ella tambien estaba enamorada.

—No lo sé, papá mio, respondió la cándida paloma un poco mas tranquila al ver el sesgo que iba tomando el negocio: però se me figura que le obedeceria á V. con gusto si me mandára que me casára con él.

Sonrióse el buen hombre que tenia un defecto comun á muchos padres, quiero decir que era un bragazas para su hija; y como esta sonrisa era de muy buen agüero, la niña se dirigió á su papá y le colmó de caricias.

Pocos dias despues daba un baile D. Judas, y al anunciarlo á su hija le dijo que habia couvidado á D. Ovidio Nason, porque los informes que de él le habian dado no podian ser mas favorables. Angelita por poco se desvaneció de alegría.

No desmintió con su conducta Ovidio las noticias que de él se tenian en casa del señor Eldorado, antes bien supo de tal manera captarse el cariño del rico comerciante, que consiguió oír de boca de su idolatrado tormento la apetecida autorizacion, la cual, si no le volvió loco de contento, satisfizo por completo sus deseos, que no es poco en este miserable valle de lágrimas.

Aquí comienzan los dias mas felices de nuestro amigo. billetes recibidos y contestados, citas en paseo, en la iglesia y en todas partes, dulces apretones de manos, etc., etc., etc.; ya sabes, lector ó lectora, lo que en tales ocasiones sucede. Con esto el entusiasmo de Ovidio crecia tanto, que una tarde, al anochecer, encontrando sola en el gabinete á la que ya llamaba su Angelita, se atrevió (la niña de contado no se lo permitió) á besar su blanca mano. Bajó la cabeza, levantó en la misma direccion la monísima mano que entre las suyas tenia... No hay que alarmarse, que no llegó el caso de besarla. Un pequeño obstáculo.... Aquí concluye el capitulo quinto.



CAPITULO SEXTO.

Alta petis.

PUES señor, el buen banquero D. Judas había viajado mucho, y como antes de ser millonario había sido joven y había coqueteado mucho en Francia, todavía se acordaba de lo besuqueadores que allá son ellos y ellas. Quiriendo, pues, una noche, en que no había en su casa mas que parientes, dar á Ovidio una muestra del particular afecto que le profesaba, hizo salir la conversacion sobre la costumbre que en Francia autoriza á los novios para dar un beso en la megilla de sus novias en presencia de papás, y al ver que al pobre joven se le hacia la boca agua, le anunció que le daba su permiso para importar este género en nuestro país.

¡ Oh placer sin igual! ¡ Mortal bienaventurado! ¡ Coge sin miedo, con superior permiso, las primicias que te ofrece aquella aterciopelada megilla, que de rosa se ha tornado carmin y que entre avergonzada y gozosa se te ofrece! ¡ Si que si quieres! Angélica y Ovidio, el papá y los concurrentes contaban sin la huésped, y no se acordaban, ó quizá nunca habían sabido que la roca Tarpeya está inmediata al

Capitolio. En el momento en que se acercaba Ovidio con los labios fruncidos, formando aquella ridícula figura que todos saben, su pérfida, su insolente, su traidora, ó mas bien, su pobre, su desgraciada, su desesperada nariz se interpone como una protesta viva contra tan inconveniente galicismo. Advierte Ovidio, aunque tarde, la dificultad de la empresa en que se ha metido inconsideradamente: tuerce á un lado y á otro la protuberancia; pero la boca, fiel compañera de aquel apéndice de diez centímetros, no la abandona, y solo consigue cepillar con las patillas el deícado cútis de su novia. ¡Ridícula posición la de nuestro héroe delante de tanta gente! No menos corrida la niña, y humillada en propia y agena cabeza, se retiró confusa murmurando: — « Jamás podré yo casarme con semejante nariz. » Estas palabras, aunque dichas en voz baja las oyó el malaventurado Nason, y le dejaron petrificado en medio de la sala, y en la misma postura en que se hallaba. Los parientes, testigos de la escena, tenían los carrillos hinchados, pero no se atrevían á soltar el trapo por no disgustar al banquero; mas este, que no se curaba del cruel momento que el otro pasaba, y duro de corazón, como dicen algunos que son las gentes de dinero, mostrándole la puerta con solemne ademán, exclamó: — « ¿ Qué hace ahí ese imbécil? ¿ Espera que le traigan una elefanta? » Y el pobre Ovidio, sin saber qué se hacía, ni donde se había dejado el sombrero, humillando su nariz, y maldiciéndola al mismo tiempo, salió desesperado, y echando la cuenta de los miles que le había hecho perder su desvergonzado cartílago.

CAPITULO SETIMO.

De como Nason propuso divertirse.

PARA consuelo de sus cuitas, nada le pareció mejor al dueño de la consabida trompa que lanzarse en el bullicio y emprender una vida de calavera, para lo cual contaba con no pocos ahorros y ciertas diferencias (léanse productos) que en la bolsa habia cobrado en compañía de Don Judas. Pero la nariz traidora le aguaba cuantos placeres se forjaba. Viendo cuán imposible le era dar un beso á no ser en el cogote, renunció al amor, como Don Simplicio á la mano de Leonor. Si iba al teatro, nunca faltaba algun vecino mal educado que, despues de una profunda cortesía, le suplicaba que echase á un lado la nariz que no le dejaba ver bien toda la escena. Si concurría á bailes públicos, venia una comision de pollos á suplicarle que no tomára parte en el baile, porque las niñas se distraian contemplándole y equivocaban las figuras. En el paseo todos se le quedaban mirando. Por la calle nunca faltaba algun pilluelo que le soltase una zumba. — « ¡ Si se sonará ese señor con sábana ! » O bien — « ¡ Qué fortuna que la nariz no lleve gorro ! » Solicitó ser admitido en un batallon de nacionales y desde que él for-

mó no se consiguió verlos alineados. En fin, de tal modo se aburrió que determinó ocultarse á los ojos del público.

Como era jóven de buen talento y no común instruccion, encontró en el fondo de su gabinete lo que todavia no habia encontrado en el mundo, las dulzuras incomparables que ofrecen las nueve sabias hermanas á los que beben las aguas de Hipocréne y Castalia. Hablemos en cristiano; se dedicó á la literatura.

A fuerza de estudio, vigiliass y constancia, llegó á componer un drama tal, que fué recibido en el primer teatro de la corte, se entiende fué admitido á la lectura ante la junta vulgo *comité* de censura. Grande fué la satisfacció del novel autor cuando en atenta carta le anunció esta resolució el director, invitándole á presentarse aquella noche en su casa. Trémulo de emoció, pero lleno de halagüeñas esperanzas comenzó su lectura D. Ovidio, en medio del mas profundo silencio. Esposición natural y sencilla, versos sonoros y llenos de conceptos, un buen principio, para decirlo de una vez, habia cautivado la atencion de los oyentes-jueces, que le escuchaban con los ojos bajos para hacerse mas cargo. Pero el diablo que nunca duerme tenia que hacer una de las suyas. Era verano y lanzó un zumbador mosquito al rededor de la cabeza de uno de los literatos. Alza este los ojos para darle caza y al volverse para seguir con la vista al insecto, vé en la pared de enfrente..... no me atrevo á decir lo que vió, solo sí que olvidándose del diabólico insecto, que habia escapado despues de conseguir su objeto, tocó con el codo al compañero que á su lado tenia, y le hizo seña con un gesto para que mirase hácia la pared. Comunicó el interpelado su descubrimiento al de su derecha, y á la manera de los muchachos en el juego de la manta, corrió la seña por toda la sala en menos de un minuto. Era precisa-

mente en el lance crítico del drama. Su autor enardecido leía con fuego y acompañaba la lectura con movimientos de cabeza, cuando estalla de repente la mas estrepitosa, la mas homérica carcajada que se ha oído jamás en casa de director de teatro. Sorprendido, indignado el homónimo del autor de los Tristes, se dirige el presidente pidiéndole una esplicacion de aquella inconveniencia, á la cual el buen señor, tragándose con sobrehumano esfuerzo una buena cantidad de risa que aun le quedaba en la boca, contestó en el tono mas dulce que supo: «No dudo, caballero, que el drama de V. es demasiado bueno para merecer que de él se ria nadie; pero está el quinqué colocado de tal modo, que nos ha hecho ver en la pared una sombra formidable y grotesca á la vez. Esta ha sido la causa de la risa, que suplico á V. disimule. Sírvase V. cambiar el quinqué de sitio y continuar, que le escuchamos con mucho gusto.»

-¿Has visto alguna vez, lector paciente, un perro con maza, ó un toro picado por un lábano salir bufando, sin que nada sea capaz de contenerle? Pues ahí tienes la *vera effigies* de nuestro asendereado Ovidio, escapado, huido de la sábia reunion, sin que bastáran á detenerle las mas humildes escusas, los gestos mas significativos. Salióse de la casa con la cabeza ardiendo y la boca seca como un esparto. Acertó á pasar por delante de un café de los mas concurridos, y no pudo resistir á la tentacion de humedecerse las fauces á pesar del ódio que profesaba en aquel momento á todo el género humano. Si antes de tropezar con el café se encuentra con una fuente, de seguro hubiera pedido á su pilon el ansiado refrigerio. Entró pues en el café, pero estaba completamente lleno. Solo habia una mesa que no podia realmente llamarse ocupada, ya que no habia en ella mas que un caballero, á la cual se acercó Nason y se sentó frente al que la ocupaba,

despues de hacerle un saludo. Correspondióle atentamente el primero, y continuó en su tarea de apurar la taza de café que delante tenia, abstraído sin duda en alguna meditacion ó quizá saboreando las dulzuras del moka.

Ovidio hubiera hecho muy bien en beber, pagar y marchar, pero cometi6 la torpeza de dirigir una pregunta insignificante al que delante de sí tenia. Alzó el interpelado la vista, y al encontrarse en frente con aquella descomunal rubicunda nariz (era casualmente un militar de muy mal genio que no podia aguantar las berengenas), exclamó con voz estentórea, que llamó la atencion de los concurrentes: «Mozo, cambia mi café de mesa, que si no, me vá á dar una indigestion la nariz de este caballero.»

Al oir tales palabras todas las miradas se dirigieron á la mesa de donde partian, y produciendo su natural efecto le vista de la nariz, puesta de este modo en escena, arm6se una de risas y chulletas, que dió al traste con la poca paciencia que quedaba al desgraciado Nason,

—Caballero, me dará V. una satisfaccion de su groseria.

—No tengo inconveniente, á pesar de la desigualdad de armas.

Bien hubo algunos ciudadanos pacíficos que acudieron á terciar con el sabido «en que piensan VV., señores; eso ha sido una chanza etc.» No hubo mas remedio que batirse; y como la razon triunfa al fin y al cabo, hágase lo quese quiera, y por mas vueltas que se den á las cosas, Ovidio recibió una estocada de padre y muy señor mio, que le obligo á guardar la nariz en cama por espacio de tres meses, y gracias que cayo en manos de un buen cirujano.

CAPITULO OCTAVO.

Dulzuras de la vida campestre.

CUANDO un hombre está en la cama unas cuantas semanas, sin otro quehacer mas que cuidarse para curarse, examina muchas cosas, entre otras su vida pasada, y forma sendos propósitos de la enmienda por poco que en ella encuentre digno de censura, y en especial cuando el mal que desuella le ha venido por su culpa. Recitar el *confiteor*, y comienz nueva vida (que las mas veces dura lo que la cuchara de pan hasta que los hábitos vuelven á sacar la cabeza, y olvidándolo todo comienza una nueva série de faltas que mas tarde irán seguidas de nuevo arrepentimiento. Esta es la regla general, que sin embargo tiene algunas escepciones, y una de ellas fué nuestro héroe. A su vista se desarrolló como en una cámara óptica toda su vida tan cruelmente infeliz sin culpa suya, á no ser que como tal se considerase el haber reunido en una sola las narices de cuatro generaciones. Hizo pues una firme resolucion de abandonar el mundo, renunciando á sus pompas y vanidades, y de dar con su cuerpo en un retiro impenetrable al dios Momo. Asi que se sintió bueno, recogió cuanto poseia, y caballero en una mula de paso, en compañía de dos acémilas, es decir, de otra mula con su equipaje, y un fornido astur, se dirigió á una casa de

campo de la que le habian dado las mejores noticias. Halló en ella la que buscaba; soledad, sobre todo, como que no era camino para parte alguna, y diciendo un adios eterno al género humano, despues de pagar lo que por la finca le pidieron, sepultóse en aquel retiro, envuelto segun él mismo decia en un espeso manto de misantropía.

Pasó los primeros dias en arreglar el género de vida que habia de llevar en adelante, en visitar su posesion en todos sus pormenores, en instruir á su criado (único guion que con el mundo social le enlazaba) en las obligaciones que iba á imponerle, y ¿cuál fué su satisfaccion al observar que estaba tranquilo, que comia con gusto y dormia á pierna suelta sin que nadie se le riéra en las barbas? *Iuveni portum*, se decia á sí mismo; este será mi retiro en donde pasaré mi vida filosofando. Plantaré árboles, sembraré verduras, pescaré, cazaré, haré conservas de esquisitas frutas, y desliziándose el tiempo en tan inocentes ocupaciones, que me distraerán sin fatigarme, llegaré á una respetable y tranquila ancianidad.

Lleno de tan risueñas ideas comenzó desde el siguiente día á poner en práctica sus proyectos, y con azada en mano le encontró el sol abriendo surcos para plantar melones. Íbase entrando el día, y con él el calor. El ejercicio á que Manolito (pues allí habia recobrado su nombre de pila) no estaba acostumbrado le hacia sudar el quilo, y ¡oh sábia ley de las compensaciones! Su nariz que de nada le habia servido hasta entonces sino de burlas y disgustos, cansada de jugarle malas pasadas, se decidió por fin á serle útil alguna vez; y recogiendo todo el sudor que copioso brotaba de sienes, cara y cogote lo dirigia todo á guisa de regadera sobre el terreno que cavando estaba. Cada vez mas contento Manolito volvió á su casa casi reconciliado con su improvisada regadera, y ¡véase cuan poco necesita el hombre para ser feliz! No.

se hubiera cambiado en aquel momento por ninguno de los Chatizos de su ilustre ascendencia. Tan grata le fué esta sorpresa, que determinó á fuer de bien nacido recompensar á su causante: y así dispuso que Camueso (se nos había olvidado el nombre de su fámulo) trajera al día siguiente una lata de tabaco para regalar sus fosas nasales. Aun más: quiso deleitarla con los aromas de la Habana, y también le dió dinero para que comprase un mazo de panetelas.

Pero como el sino de Manolito no era el de ser dichoso en este mundo hubo de renunciar muy pronto á los puercos goces del tabaco sorbido ó quemado. La bellaca de la trompa, que no le había dado el placer de la vispera sino para engañarle más completamente, dejaba caer en la boca por sus descomunales ventanas el tabaco que de su interior se desprendía ó la pituita que escitaba el cochino polvo. Resignóse á dejar de sorber. Fumemos, se dijo estóicamente Manolito, sin sospechar que su falta de costumbre había de ocasionar lo que á poco rato sucedió, es decir, que empujando el cigarro con el labio inferior venía el fuego á quemarle, cuando entero, la punta, cuando medio, lo interior de sus paviás.

Está visto: la bribona ni se arrepiente ni se enmienda. Así pensaba Manolito, decidido á no pensar más en ella, y sin sospechar que le guardaba para postre la más pesada de sus bromas.

Entre todas las ocupaciones que la horticultura le proporcionaba, no había una que tanto entusiasmo le inspirase como la de arrancar las malas yerbas, el podar y cortar las ramas inútiles ó muertas. ¿Era esto encono contra las protuberancias, ó satisfacción de instintos feroces que en él habían hecho nacer las pesadas burlas de que fué objeto? No lo sabemos de cierto, ni tal vez el interesado lo sabía. Lo

positivo é indudable es el indecible placer que experimentaba al encontrar algun vástago culpable con quien ejercer la alta justicia. Era de ver como se acercaba, llevando en la mano el instrumento á propósito, el escardillo, la hoz, las tijeras, la destrallilla! Cortaba, segaba, arrancaba, dividia, trituraba, tronchaba, despuntaba, y con tan to destruir le acometia un como furor, y sentia que no refoñase inmediatamente lo que acaba de estirpar para tener el gusto de estirparlo de nuevo. «¡Ah, si fueras hidra!» decia á la rama viciosa que tenia cogida con la mano izquierda, mientras que abria con la derecha las tijeras.

Un dia, pues, dia infausto, en que las estrellas habian fijado el término de las desgracias que habian perseguido á nuestro amigo, salió de su casita como héroe cristiano en demanda de moros, armado de todas armas cortantes y mondadoras. Tendió su vista por el campo de sus ordinarias proezas que, á fuerza de tajos y cortaduras, no dejaba en toda su estension un enemigo en pié. Gozoso Manolito del aspecto limpio de su posesion, si bien algo apesadumbrado por no tener aquella mañana en quien ejercer sus iras, se disponia á recoger sus armas, cuando al volver hácia la casa descubrió, entre dos ramas gruesas de un ciruelo, otra mas delgada, que las primeras le habian ocultado hasta entonces con su follage, y que ofrecia síntomas muy marcados de rápida descomposicion. Lanzóse sobre ella con un resoplido de tigre que salta sobre su presa, blandiendo una hachuela que debia cortarla de un solo golpe: pero contuvo sus destructores ímpetus, al considerar que un golpe mal dirigido podria dañar á la parte sana del árbol que tan sabrosas claudias promenia. Soltó por tanto el hacha, y tomando con entrambas manos las tijeras cogió la rama enferma por lo mas inmediato á su nacimiento y comenzó á apretar. Sia embar-

go la rama se mantenía firme y no caía á pesar de los redoblados esfuerzos del horticultor. ¿Qué será esto? exclamó, pasando al propio tiempo la cabeza por entre las ramas, y sin dejar de apretar.

Como lo comprenderá fácilmente el lector menos perspicaz, lo primero que pasó fué la nariz, llegando un rató despues los ojos con la demas del rostro. Mas *quis talia fundo teuperet á lacrymis?* Quiso la desgracia, la cual no se cansaba de perseguir á Manolito, que la rama indócil se dejase cortar en el momento mismo en que la nariz se situaba entre las hojas de las tijeras y..... ras, al cerrarse estas cortaron cercén á cercén la hermosa y rubicunda protuberancia.

Cayó á un lado Chatizo, digno ya del apellido de sus mayores, y á otro la nariz. Un hermoso chorro de sangre brotó de la herida, y tiñó con su carmin árbol, plantas y tijeras.

Es de noche. Camueso, no viendo volver á su amo sale por el huerto con una linterna en su busca, y le encuentra yerto, y sin gota de sangre en el bolsillo ni en las venas, do donde en fuerza de discurrir dedujo que tal vez estaria muerto. Es indecible cuánto se afligió el pobre muchacho, cuando el cura, á quien fué á buscar para noticiarle lo que pasaba, le aseguró que su amo habia pasado á mejor vida: pero como todo pesar se mitiga con el tiempo, hubo de consolarse tambien el fiel criado, cuando registrando papeles se encontró un testamento en debida forma por el cual era Camueso no obrado heredero de su amo.

MORALIDAD.

No siempre es bueno tener largas narices, y casi nunca deja de salir descalabrado el que se mete á enderezar entuertos.

FIN.





M.C.D. 2022